El relojero ciego

JORDI SEVILLA

EL MUNDO - MERCADOS, 9.05.10

La magnitud de la tarea que tenemos por delante exige dos cosas: rapidez en su ejecución y amplio consenso político y social. Digámoslo claro: nuestra democracia está consolidada y es bueno que haya Gobierno y alternativa. Pero vivimos una situación excepcional que aconseja soluciones excepcionales, de esas que sólo se aplican cada 30 años. Por la gravedad de la recesión y porque se requiere un acuerdo formal con las comunidades autónomas para impulsar las reformas necesarias.

También porque todas ellas necesitan para implantarse más tiempo del que queda de legislatura, y porque va a ser imposible que se apliquen sin ningún tipo de respuesta social por parte de minorías perjudicadas. Todo ello hace eficaz un gran pacto político. Esto, hoy, es urgente e importante, las dos cosas a la vez. Cualquier otra opción, incluyendo unas elecciones anticipadas, no es solución porque, aunque hubiera un ganador por mayoría absoluta, seguiría necesitando el concurso de quien quedara en la oposición pero controlando muchas parcelas de poder institucional. Hoy, necesitamos tanto un Gobierno como una oposición, útiles para el país.

Por otro lado, creo que los datos auguran una recuperación de la economía española más rápida de lo previsto. Si una parte de la recesión fue debida al efecto susto que en plena crisis detiene decisiones privadas de inversión o consumo, de manera simétrica veremos un repunte de ambos como consecuencia de lo que podríamos llamar efecto alivio,

cuando se asuma que lo que tenemos por delante es la reactivación y no más recesión. Hay muchas ganas de salir de la crisis. Y esa predisposición se puede retroalimentar a poco que se empiecen a confirmar datos objetivos positivos. Pero confiar en una salida espontánea es aceptar una solución más lenta, injusta y perjudicial para los más desfavorecidos. Los brotes verdes hay que cuidarlos, protegerlos y regarlos, porque el resto del campo seguirá, durante mucho tiempo, lleno de malas hierbas. Por ello, no hay que tener prisa en retirar los estímulos públicos a la actividad, hay que preferir reformar el gasto público antes que recortarlo y, sobre todo, hace falta una actuación urgente y radical que permita restablecer el crédito bancario a las familias y empresas.

En este momento, creo que ya no basta con la reestructuración de las cajas de ahorro y, tal vez, haya que recuperar la idea de un banco malo de titularidad pública que agrupe los activos inmobiliarios tóxicos que siguen lastrando las posibilidades crediticias de nuestro sistema financiero.

En tercer lugar, hacer reformas estructurales es de izquierdas. Aunque también salgamos de la crisis sin ellas, el coste social será mayor y repartido de manera más injusta. Lo más regresivo, además de más caro, es no tocar nada o hacerlo de manera cosmética. Hacen falta reformas estructurales profundas en: mercado laboral, sector público (ingresos y gastos), sistema administrativo autonómico y local, cambio de modelo productivo, educación, justicia, sanidad, pensiones, etcétera. Sin ellas será imposible que nuestro crecimiento económico se recupere pronto al nivel necesario para crear el empleo que necesitamos. Reducir el paro mejora el bienestar de toda la sociedad, no sólo de los parados. Y tampoco será fácil, sin ellas, convencer de que seguiremos siendo

solventes a medio plazo, a quienes les tenemos que pedir prestado para financiar nuestros déficit, públicos y privados.

En cuarto lugar, no creo que la mejor manera de organizar la toma de decisiones en una sociedad democrática sea aceptar los dictados nerviosos de unos mercados financieros internacionales cuyos objetivos no son los nuestros. Esto me parece especialmente claro después de que esos mismos mercados, desregulados, especulativos, cortoplacistas, opacos, irracionales, nos hayan proporcionado la mayor crisis económica de la historia reciente. Mi convicción en la necesidad del mercado como elemento esencial en la articulación de las decisiones económicas básicas está, precisamente, en la base de esta crítica. Porque quienes toman decisiones basándose en rumores tan interesados como descabellados, despreciando la información existente, provocando estampidas de rebaño, no forman mercado. Serán otra cosa y tendrán mucho poder pero, por respeto a Adam Smith, no les llamemos así.

Después de las especulaciones contra el Sistema Monetario Europeo en los años 90 del siglo pasado y tras todo el asunto de los derivados, la burbuja especulativa y las subprime, convendría que todos cerráramos filas detrás del presidente Barack Obama y aprobáramos una profunda reforma del sistema financiero internacional para evitar que un segmento del mismo actúe como jugador de ventaja a costa de nuestros bolsillos. Tras los actuales ataques al euro, el Ecofin no puede demorar más esas decisiones.

Por último, los movimientos especulativos se producen cuando mostramos debilidades o existen zonas grises en las que es posible hacer negocio, gracias a la indefinición de las reglas. Y el euro, la gran obra

européa que debemos preservar, ha sido una experiencia incompleta que ha dejado muchos puntos oscuros, como estamos viendo con el caso de Grecia. Cuando se firmó el Tratado de Maastricht ya se sabía que no era posible construir un espacio monetario unido sólo por la moneda. Que hacía falta respaldarla con políticas económicas y presupuestarias más armonizadas o, incluso, comunitarizadas.

El Pacto de Estabilidad fue un pálido reflejo de lo necesario para hacer, consistente en el tiempo, una moneda única. Ahora, estamos comprobando que la construcción europea no se puede detener y que tras el euro, hacían falta más pasos en la línea de la Unión Económica, incluyendo un Fondo Monetario Europeo y políticas sociales, de empleo y de bienestar más coordinadas. En ese sentido, necesitamos más Europa. Ayudar a Grecia es ayudarnos a todos nosotros. Pero sólo nos ayudaremos de verdad si aprendemos la lección y ponemos los medios en la Unión, para evitar que vuelva a producirse algo similar.

Ha llegado la hora de hablar de esfuerzos, de sacrificios, de reformas, de equidad, de competitividad, de cohesión, de proyecto colectivo. Y eso, a diferencia de la evolución de las especies, no podemos dejarlo en manos de un relojero ciego, ni siquiera de dos, porque seguirán recto, con el volante fijo, aun cuando entremos en curvas.